

otro Escipión, nieto adoptivo del primero é hijo de aquel Paulo que venció á Perses y á los Macedonios.

Diez años despues de su consulado, Caton intrigió para ser nombrado censor. Semejante dignidad puede decirse que era el colmo de todos los honores, y en cierto modo el complemento de todos los empleos que podian obtenerse en la República, pues que tenia, ademas de su mucha autoridad en otras cosas, el cargo tambien de examinar la vida y las costumbres ajenas, en atencion á que los Romanos creían que no se debía dejar al arbitrio de cada uno casarse, procrear, la vida cotidiana, ni dar convites á gusto y capricho del deseo, sin estar sujeto al exámen de alguno, y pensando que en estas cosas, mucho mas que en las acciones civiles y públicas, se descubre la índole de las personas, elegian á uno de los patricios y á uno del pueblo, ambos para custodios, moderadores y correctores de las costumbres, á fin de que no hubiese quien, extraviado del modo acostumbrado y nacional de vivir, se inclinase á llevar una vida á su gusto. Á estos dos personajes daban el nombre de censores, los cuales tenian la facultad de quitar el caballo á los caballeros y de arrojar del Senado á los senadores que viviesen irregular y disolutamente; tambien vigilaban sobre los sacrificios, prescribian los gastos de ellos, y distinguian y disponian segun su juicio de las categorías y empleos de la ciudad, al propio tiempo que tenian grande autoridad sobre muchas otras cosas.

Por esto se alzaron y opusieron al triunfo de Caton casi todos los senadores mas eminentes, porque los patricios estaban atormentados de envidia, opinando que se envilecia totalmente la nobleza cuando hombres de infima y oscura estirpe se elevaban á los puestos de honor mas encumbrados y á tanto poder, y otros que conocian su propia mala conducta y que traspasaban los antiguos usos de su patria, temian la severidad de semejante personaje, la cual, en cargo tan autorizado, hubiera sido ciertamente en extremo rígida é inexorable; por lo que, habiéndose aconsejado entre sí y preparado á oponerse á sus designios, movieron contra él á siete competidores, los cuales halagaban al pueblo, haciéndole concebir que debía fundar sobre ellos buenas esperanzas, puesto que el pueblo debía buscar personas que en aquel cargo se condujesen con suavidad y á gusto suyo. Caton, por consiguiente, no mostraba contemplacion ninguna, ni mansedumbre, ántes por el contrario, amenazando con el castigo á los criminales y gritando que la ciudad tenia necesidad de un grande espurgo, hacia presente al pueblo, que si tenia juicio debía elegir un médico, no el mas dulce, sino el mas rígido y resuelto, añadiendo que este era él, y entre los patricios Valerio Flacco, en union con el cual esperaba tronchar y quemar, como la hidra, el lujo y la molicie, llevando á cabo, de esta manera, cosas de grande

utilidad, al paso que todos los otros que tanto trabajaban para obtener aquel cargo, se conducian mal en él, pues tendrían que temer de todos cuantos se hubieran conducido bien en su caso.

Sin embargo, á tal punto era verdaderamente grande el pueblo romano y digno de ser dirigido por personas grandes, que no intimidándose por sus severas amenazas y grave continente, rechazó á todos los que daban á entender que hubieran administrado con dulzura y á gusto del pueblo mismo, y nombró censores á Flacco, juntamente con Caton, como si este no pidiese semejante cargo, sino que lo poseyese ya y empezase á usar de la autoridad con el mando. Despues de esto, Caton hizo entrar en el Senado á su colega y amigo Valerio Flacco, arrojando, por el contrario, á muchos que de él formaban parte, entre otros, á Lucio Quinto, que siete años ántes habia sido cónsul, y lo que todavia lo hacia mas glorioso que el consulado, hermano de aquel Tito Flaminio que habia vencido á Filipo; la razon por la cual lo arrojó del Senado fué la siguiente:

Tenia Lucio constantemente á su lado, en calidad de favorito, á un jovencillo de rara belleza, al cual, mientras fué jefe de ejército, daba mucho honor y autoridad, cuando no tenia otro mas que ser el primero de sus criados. Hallándose, pues, al frente del gobierno de una provincia consular, en ocasion que asistia á un convite, como de costumbre, tenia á su lado al expresado jovencillo, y entre las caricias que de él recibia, por las cuales, entre los vapores del vino se dejaba gustosamente halagar, aseguró que á tal punto lo amaba que, « habiendo hoy, dijo, un espectáculo de » gladiadores, que nunca he visto, he venido » no obstante con ardor á sentarme á tu lado, » aunque deseoso de ver matar á un hombre » cualquiera. » Contestándole Lucio con igual amabilidad, díjole: « Pero no por eso te afili- » jas, que aun cuando permanezcas sentado á » mi lado, yo sabré muy bien indemnizarte. » Mandó entónces que fuese conducido á su presencia un condenado á muerte, juntamente con el verdugo, y preguntó al amado jóven si queria verlo herir, y habiendo este respondido que sí, mandó Lucio que lo degollasen. Este suceso ha sido contado por muchos, y Ciceron en el *Diálogo de la vejez* lo pone en boca del mismo Caton. Dice Livio que el degollado fué un desertor galo y que Lucio no le hizo dar muerte por el verdugo, sino que se la dió con su propia mano, cuyo hecho fué así escrito en una oracion del mismo Caton.

Not pudiendo llevar pacientemente el hermano de Lucio que este hubiese sido arrojado del Senado por Caton, apeló al pueblo y quiso que expusiese aquel el motivo que tenia. Contó Caton detalladamente el suceso del convite; pero Lucio se empeñaba en negarlo, visto lo cual, llamólo Caton á juramento y no compareció; entónces dijeron que habia sido justamente

castigado. Sucedió despues en una ocasion que habia espectáculo en un teatro, habiendo pasado Lucio mas allá del sitio de los senadores é ido á sentarse en un lugar muy apartado, despertó tal compasion en el pueblo que á voces le obligó á que se colocase delante entre los demas, corrigiendo de este modo cuanto estaba en su poder, y curando el mal que se le habia hecho.

Tambien alejó del Senado á Manilio, personaje que, segun la opinion de todos, estaba próximo á ser cónsul, por haber besado á su esposa, delante de su propia hija, diciendo que él nunca habia abrazado á la suya mas que en tiempo de truenos, por lo cual, añadia festivamente, que él era feliz cuando Júpiter tronaba; y lo que en algun modo acarrió á Caton la nota de envidioso, fué lo que hizo á Lucio, hermano del Escipion, que habia ya triunfado y al cual mandó quitar el caballo, cosa que parece hacia para injuriar al Africano. Pero lo que pareció grave y doloroso á la mayor parte de las gentes fué la represion del lujo que habia ya corrompido á la multitud, y al cual no pudiendo oponerse de frente, mandó que todo vestido, coche, adorno femeníl ó de mesa que costase mas de mil y quinientas dracmas, fuese estimado por su valor doce veces mayor, y segun fuese mayor la tasacion, se impusiese mayor contribucion, que fijó en tres ases por cada millar. Su objeto era que, sintiéndose la gente gravada con nuevos impuestos, al paso que verian que otros que poseian iguales facultades, pero que se mantenian con economía, frugalidad y moderacion, pagaban ménos al Erario público, se abstuviesen de semejante lujo. Así, pues, se enemistó no solo con aquellos que por mantener el lujo pagaban los impuestos, si que tambien con los que por no pagar tenian que abandonarla; pues la mayor parte de los hombres piensan que es quitarles la riqueza el impedirles hacer ostentacion de ella, y que esta consiste, no en las cosas necesarias, sino en las superfluas. El filósofo Ariston era el que obraba mas en consecuencia de la opinion que dice deber ser reputados por mas felices los que poseen lo superfluo que los que abundan de lo útil y necesario, y lo mismo opinaba el filósofo tesaónico Scopa, al cual habiendo pedido un amigo suyo alguna cosa que para Scopa de nada servia, añadiendo que no le pedia nada que pudiese serle útil ó necesario, respondióle: « Sin embargo, yo me creo feliz y rico por estas mismas cosas superfluas é inútiles. » Así, pues, el deseo que se tiene de riquezas no proviene de ninguna pasion natural, sino que es cosa que se introduce en nosotros por opinion vulgar y extrínseca.

Tan léjos estaba Caton de hacer caso de los resentimientos que contra sí excitaba que cada vez se hizo mas severo y rígido, haciendo quitar todos los acueductos por los cuales se conducia el agua de las corrientes públicas á casas y jardines privados, mandando demoler los edi-

ficios que se extendian sobre el terreno público, restringiendo las mercedes al trabajo, y aumentando extraordinariamente los impuestos sobre las ventas, de manera que llegó á concitarse grandísimo odio, y á hacer que contra él conjurasen hasta los que estaban por parte de Tito, quienes hicieron anular por el Senado los contratos que habia hecho para dar á restaurar los templos y edificios públicos, como desventajas, instigando ademas á los tribunos mas resueltos de la plebe, para que lo acusasen al pueblo y le hiciesen pagar una multa de dos talentos: tambien se le opusieron mucho á que edificase la basilica, la cual hizo construir á expensas del Comun, al lado de la plaza bajo del Senado, y la llamó Basilica Porcia. Á pesar de esto, parece que el pueblo aprobó completamente su conducta en aquel cargo, pues que le erigió un simulacro en el templo de la salud, en cuyo pié escribió, no las expediciones militares de Caton, ni su triunfo, sino que consignó que aquel honor se le hacia porque, en tiempo que la República romana estaba en decadencia y tendia á empeorar, él siendo censor, con sus buenas instituciones, sábias costumbres y enseñanzas, volvió á enderezarla.

Mas adelante se rió de los que se afanaban por tales cosas, diciéndoles que á él no se le daba ser alabado sobre las obras de los fundidores y pintores; pero que se vanagloriaba de que en los corazones de los ciudadanos hubiese bellisimas imágenes suyas. Á los que se admiraban de que muchas personas destituidas de gloria tenian estatuas y él no las tenia contestó: « Quiero mas bien que se pregunte por qué motivo no me han erigido una estatua que no se busque por qué causa me la han erigido. » Pretendia, por fin, que un buen ciudadano no debe permitir que se le alabe, si la alabanza no redunda en provecho de la República, aun cuando se alababa á sí mismo sobre todos los demas, á punto que cuando se reprobaba la conducta de aquellos que habian cometido alguna falta en su manera de vivir, dícese que acostumbraba á observar que no se les debia reprender porque no eran Catones, y á aquellos que procuraban imitar alguna accion suya, pero que no lo hacian bien, llamaba Catones zurdos. Añadia que en las ocasiones mas difíciles y peligrosas, el Senado lo miraba como se mira en las tempestades al piloto, y que muchas veces, cuando no estaba presente, se suspendian, hasta que él llegaba, los negocios de mayor importancia, cosas todas que otros han justificado, pues es verdad que por su género de vida, su elocuencia y avanzada edad, gozaba de grande autoridad en la ciudad.

Era buen padre, y trataba á su esposa suave y benignamente, inclinado á lucros y ganancias, cosas que no miraba como leves ni de poco momento; así que me parece conveniente que refiera, sobre este particular, cuanto le concierne. Casó, pues, con mujer mas noble que rica, sabiendo de antemano, que tanto unas

como otras son altaneras y soberbias; pero que avergonzándose de las cosas torpes, son mas obedientes y están mas sujetas á sus maridos en las cosas honestas; añadiendo que el que pegaba á esposa ó hijo, ponía sus manos sobre las cosas mas sacrosantas, y que tenía en mas precio y por mayor elogio ser buen marido que buen senador, no admirando al antiguo Sócrates mas que por haber vivido siempre tranquilo y benigno con una mujer caprichosa y con hijos tontos.

Habiéndole nacido un hijo, no tenía negocio por importante que fuese (á no haber sido asunto público) que no dejare, por hallarse junto á su esposa cuando esta lo lavaba ó fajaba; esta lo alimentaba con su propia leche y muchas veces daba de mamar á los hijos de sus criados, para que con el tiempo, estos, en atención á haber mamado la misma leche que él, le fuesen adictos. Cuando el niño empezó á tener conocimiento, Caton mismo lo educó, á pesar de tener un siervo llamado Chilon, elegante gramático y preceptor de otros muchos niños, no creyendo conveniente, como él mismo dice, que su hijo recibiese palabras injuriosas, ó que, por ser lento en el aprender, un siervo le tirase de las orejas, ni que á semejante persona tuviese que agradecer cosa tan importante como la educación; así que él mismo quería ser quien lo instruyese en las letras, lo amaestraba en las leyes y lo adiestraba en los ejercicios personales, enseñándole, no solo á arrojar dardos, á combatir armado y á cabalgar, sino á portarse bien en los combates, á soportar el calor y el frío, y pasar á nado los ríos mas caudalosos y violentos. Dice que escribió por sí mismo la historia en grandes caracteres, á fin de que su hijo tuviese en su casa el modo de aprovechar y estar al corriente de los antiguos hechos de su patria; que se guardaba de decir palabras torpes ó indecentes en presencia de su hijo, como si hubiese estado en presencia de las sagradas vírgenes vestales, y que jamas entró con él en el baño. Estas, sin embargo, parece que eran costumbres universales entre los Romanos, pues que los yernos se guardaban de entrar en el baño con los suegros, avergonzándose de mostrarse desnudos; pero con el tiempo, habiendo aprendido de los Griegos la costumbre de desnudarse sin reparo, á porfía y repetidamente enseñaron á hacerlo hasta en compañía de sus mujeres.

De este modo obró Caton para dar á su hijo formas perfectas y disponerlo á la virtud; pero este, si bien en cuanto á disposición y buenos deseos era irreprensible y de natural dócil y obediente, en cuanto al cuerpo parecía ser mucho mas débil de lo que se requiere para las fatigas; así que Caton suavizó algun tanto su rigor y austeridad en el método de vida que le había hecho adoptar. Mas á pesar de esto, débil como era, fué valiente en la milicia y combatió valerosamente contra Perseo, á las órdenes de Pablo Emilio. En una ocasion, habiéndole caído la

espada de la mano, de un golpe que sobre aquella le dieron y á causa de tener bañada de sudor la misma mano, se volvió afligido á algunos compañeros, unido á los cuales se arrojó de nuevo sobre los enemigos y abriéndose paso con gran violencia y dificultad la volvió á hallar entre montones de otras armas y cuerpos muertos de amigos y enemigos que habían allí caído. El cuidado, pues, con que Caton educó á su hijo obtuvo un feliz resultado.

Tenía muchos siervos que compraba entre los prisioneros de guerra, especialmente pequeños, á fin de que como perrillos ó potros, mas fácilmente aprendiesen la educación y enseñanza. Ninguno de ellos entraba jamas en casa ajena, á no ser enviado por el mismo Caton ó por su esposa, encargándoles que cuando les preguntasen qué hacía Caton, respondieran que no lo sabían. Era necesario que en su casa el siervo estuviese siempre ocupado en alguna labor, ó que durmiese, pues le gustaba mucho verlos dormir, diciendo que los que dormían eran de índole mas pacífica que los que velaban mucho, y que despues de dormir estaban mas ágiles para los quehaceres. Calculando despues que los siervos, especialmente por motivos amorosos, se volvían descuidados ó malos, mandó que, mediante una determinada moneda, pudiesen usar de las siervas; pero jamas con otras mujeres. Al principio, cuando militaba y era todavía pobre, no era nunca melindroso, ni se incomodaba acerca del mejor ó peor condimento de las comidas, teniendo por cosa indecente reñir á un siervo por amor al estómago; pero con el tiempo, habiendo aumentado sus facultades y dando convites á sus amigos y colegas, castigaba con azotes despues de la comida á los que habían cometido faltas en servir ó preparar alguna cosa. Procuraba siempre que los siervos estuviesen reñidos, siéndole sospechosa la concordia entre ellos, y á los que habían cometido algun delito que mereciese la muerte, creía que era conveniente que fuesen juzgados y condenados para hacerlos morir en presencia de los demas siervos.

Habiéndose entregado con mas ahinco á las ganancias, consideraba la agricultura como cosa mas de pasatiempo que de utilidad; y poniendo todo su cuidado en cosas que produjesen una renta mas segura y estable, compró lagos, manantiales de aguas termales, lugares propios para los tintoreros, bosques y terrenos por naturaleza fecundos en pastos; de este modo sacaba mucho producto de sus caudales, productos que, como él decía, ni el mismo Júpiter le podía impedir.

Acostumbró despues á practicar la usura náutica, la mas reprobable de todas. Quería que aquellos á quienes prestaba con usura, se uniesen formando compañía con otros, de modo que llegasen á cincuenta; que tuviesen otras tantas naves, en cuyo cargamento interesaba una parte, teniendo por agente al liberto Quincio, que navegaba y comerciaba juntamente con los otros,

el cual estaba encargado de pagarle la usura, así que él no arriesgaba todo su capital, sino una pequeña parte, de la que reportaba un gran lucro. También daba dinero á aquellos de sus siervos que querían comerciar, los cuales compraban niños y los educaban é instruían á expensas de Caton, revendiéndolos al cabo de un año, muchos de los cuales compraba Caton mismo por el precio mayor ofrecido, deducido su capital. Exhortaba á su hijo á estas ganancias, diciendo que el disminuir los propios bienes no era cosa de hombre, sino de viudas; pero mucho mas notable es lo que dijo, tratando de este asunto, cuando se atrevió á asegurar que era hombre admirable y digno de una gloria divina, aquel que al morir deja demostrado en sus asientos, que eran mayores las riquezas adquiridas que las que había heredado.

Siendo ya anciano Caton, fueron á Roma, como embajadores de Atenas, Carneades, académico, y Diógenes, estóico, para conseguir que al pueblo ateniense se perdonase una pena de quinientos talentos, impuesta por los Sicionenses á instancias de los Oropios, sin oír á la parte contraria. Apenas llegados, los jóvenes mas estudiosos fueron á visitar á aquellos personajes, permaneciendo junto á ellos, escuchándoles con atención. Carneades principalmente, con su gracia, que era de un poder grandísimo y de no menor reputación, habiéndole tocado tener oyentes benignos y corteses sobre un asunto importante, vió llenarse de su nombre la ciudad, de modo que de boca en boca corría por todas partes que había llegado un Griego de una perfección maravillosa y sobrenatural, el cual se atraía y sometía todo, y despertaba en los jóvenes tanta afición á su persona que olvidando todos los demas placeres y pasatiempos, llenos de entusiasmo se sentían llevados á la filosofía.

Tales cosas gustaban á los Romanos, quienes veían con satisfacción á sus jóvenes hijos aplicarse á la disciplina griega y conversar con aquellos admirables personajes; pero Caton sintió disgusto desde que vió empezar á introducirse por la ciudad aquel amor á la erudición, por temor de que volviendo los jóvenes á aquel lado sus deseos y ambición, amasen mas la gloria que proviene de hablar que la que se adquiere obrando y en los hechos militares; pero cuando vió que iba en aumento el crédito de aquellos filósofos y que sus primeros razonamientos habían sido trasladados al latín por Cayo Acilio, senador principal, que lo hizo por haber sido rogado, y aunque ya por su propia voluntad con la mayor premura había emprendido la obra, deliberó sobre el modo de que, con decoroso pretexto, fuesen despedidos. Para ello se presentó al Senado y se quejó de los magistrados, porque, por tanto tiempo, sin desempeñar el cometido que á Roma los había llevado, permaneciesen aquellos embajadores, los cuales eran hombres muy idóneos para persuadir con facilidad cuanto hubiesen querido, diciendo además que era conveniente resolver y deter-

minar prontamente algo con respecto á la embajada, á fin de que, pudiendo aquellos filósofos volver á sus escuelas, enseñasen á los hijos de los Griegos, mientras que la juventud romana atendiese, como anteriormente, á obedecer á las leyes y á los magistrados.

No hizo Caton esto por odio á Carneades, sino por ser muy contrario de la filosofía y porque, á causa de su ambición y fausto, desdeñaba las musas y la erudición griega, diciendo que el mismo Sócrates, siendo bastante locuaz y violento, del modo que le era posible, se esforzaba en hacerse tirano de su propia patria, destruyendo las antiguas costumbres y llevando á los ciudadanos á opiniones opuestas á las leyes. Zahiriendo despues la escuela de Isócrates, decía, que sus alumnos envejecían en su cátedra para ir á ejercer sus artes y defender las causas en el infierno. Para hacer desagradable á su hijo la disciplina griega, exclamaba con voz mas fuerte que la que es propia de un viejo, á manera de vaticinio; que cuando los Romanos estuviesen embebidos de las letras griegas, perderían á la República. El tiempo demostró ser vana semejante predicción, pues que la ciudad, al propio tiempo que se elevaba al sumo grado de esplendor, se aplicaba á las doctrinas é instrucción puramente griegas.

No solo era enemigo de los filósofos griegos, si que también le eran sospechosos los que ejercían la medicina en Roma. Habiendo oído lo que contestó Hipócrates al rey de los Persas, el cual le ofrecía muchos talentos si quería ir á su corte, esto es, que él no quería asistir á Bárbaros que eran enemigos de los Griegos, decía que este juramento universal lo hacían todos los médicos, por lo cual exhortaba á su hijo que se guardase de todos ellos, añadiendo que él tenía ya escritas algunas advertencias, según las cuales, podía asistir á los enfermos que tuviese en su casa y prescribirles el régimen de vida que debían seguir, no teniéndoles nunca á dieta, sino que debería alimentarlos con verduras y carnes de ánade, pichon ó liebre, las cuales son ligeras y sanas para los enfermos, solo que si se comen con exceso producen pesadillas. Con semejante método aseguraba que se había conservado sano él y los suyos; mas en cuanto á esto, lejos está de la verdad, pues que se murieron su esposa y su hijo; por lo que toca á él vivió largo tiempo sano, por ser de buena complexion y robusta, de modo que aun siendo viejo, usaba de mujer y se casó con una joven. El motivo de semejante casamiento fué el siguiente:

Despues que hubo perdido á su esposa, casó á su hijo con la hija de Publio, hermana de Escipion, y habiendo él quedado viudo, mantenía relaciones con una criada joven, la cual iba oculta mente á su casa; pero siendo esta pequeña, y viviendo también en ella su nuera, traslució semejante comercio. Pasando una vez aquella mujercilla con mucho atrevimiento y petulancia por delante de la habitación de los

esposos, dando indicios de dirigirse á la de Caton, el jóven se guardó, sí, de decir una palabra; pero mirándola de reojo, volvió la cabeza con desden. Llegó esto á noticia del viejo, y habiendo comprendido que aquello desagradaba á los esposos, no tuvo por ello resentimiento alguno; pero habiendo bajado á la plaza, como tenia de costumbre, con otros amigos y llamando en alta voz á un tal Salonio, que era su escribano, y que en aquel momento era de su comitiva, le preguntó si habia casado á su hija, el cual respondió que nunca la hubiera casado sin ántes participárselo. « Pues bien, replicó Caton, yo te he buscado un yerno á propósito, si por su edad no disgusta, pues es bastante viejo; pero por lo demas no se le puede hallar falta ninguna. »

Respondióle Salonio que ponía el asunto en su mano, que lo pensase y diese á la muchacha el marido que quisiese escogerle; pues que ella era su cliente y dependiente de su patrocinio. Caton, sin titubear, le pidió la jóven para sí propio. Semejante proposicion dejó atónito de pronto á Salonio, pues veía que Caton no estaba en edad de casarse, y se consideraba á sí mismo de condicion demasiado humilde para tener una hija consular y poder emparentar con personas que habian adquirido triunfos; pero conociendo que Caton decia verdad, aceptó gustosamente el partido y extendieron en seguida el contrato. Mientras que se preparaban los esponsales, el hijo de Caton fué á preguntar á su padre si le habia ofendido ó afligido en algo, puesto que queria darle una madrastra; á cuya pregunta, levantando Caton la voz, respondió: « No, hijo mio, no digas semejantes palabras; no tengo por qué quejarme de ti, pues que nada has hecho jamas que no me haya complacido; pero deseo tener mas hijos y dejar mas ciudadanos á la patria que sean semejantes á ti. »

De esta nueva esposa hubo un hijo, que llamó Salonio por respeto á su madre. Su hijo mayor murió siendo pretor, y en sus libros hace frecuentemente mencion de él, como de hombre valiente y honrado. Dicese que sobrellevó semejante desgracia con mansedumbre como filósofo, y que ni por un momento descuidó el servicio de la República, pues pensando que su obligacion era administrarla, no por causa de su vejez dejó de atender á los negocios, como hicieron despues de él Lucio Lúculo y Metelo Pio, ni obró como ántes habia hecho Escipion el Africano, el cual, por causa de la oposicion que la envidia de su gloria le promovía, tomó aversion al pueblo, y cambiando su manera de vivir, pasó el resto de su vida sin querer ocuparse en nada. Al contrario, así como hubo quien persuadió á Dionisio que era cosa muy bella morir en la tiranía, así él consideraba como cosa bellísima pasar su vejez en el gobierno de la República: cuando tenia un poco de descanso, su recreo y diversiones consistian en componer libros y cultivar la tierra: trató

muchas y muy variadas materias y hasta escribió historias. Cuando era jóven, se aplicó á la agricultura por necesidad, porque dice él mismo que no tenia mas que dos medios para subsistir: la agricultura y la economía; viejo ya, no cuidaba de las cosas de su quinta mas que por pasatiempo y para hacer reflexiones; compuso un libro acerca del cultivo, en el cual trata tambien del modo de hacer lazos para cazar y del de conservar la fruta, procurando exponer todo con suma exactitud y especificar las particularidades. En la quinta su cena era mas suntuosa, invitando á ella todos los dias á aquellos vecinos con los cuales tenia franqueza, pasando con ellos el tiempo alegremente, siendo su conversacion jocosa y agradable, no solo para sus iguales en edad, si que tambien para los jóvenes, pues era hombre de mucha experiencia y habia tomado parte en muchos acontecimientos dignos de ser oídos. Opinaba que la mesa es una de las cosas mas aptas para formar amistades; los discursos que en ella tenian eran las alabanzas de los ciudadanos honrados y valientes, no haciéndose nunca mencion de los inútiles y apocados, pues que Caton no daba acceso en sus convites ni á las alabanzas, ni á las injurias contra estos.

Se cree que lo último que dispuso en el gobierno de la República fué la destruccion de Cartago, empresa á que dió cima el jóven Escipion; pero segun el parecer y consejo de Caton, por quien fueron principalmente inducidos los Romanos á emprender aquella guerra, cuya causa fué la siguiente: habiendo enviado Caton á saber qué motivos de discordia existian entre los Cartagineses y Masinisa, que se hacian la guerra (á causa de que Masinisa siempre habia sido amigo del pueblo romano y los Cartagineses tambien se habian confederado con los Romanos despues de la derrota que Escipion les causó, el cual les quitó parte del imperio y les obligó á pagar un considerable tributo), y habiendo hallado á Cartago, no debilitada ni abatida, como creían los Romanos, sino provista de una escogida y numerosa juventud, abundante en riquezas y llena de armas y aparatos de guerra de toda especie, con cuyos medios sus miras no eran bajas ni humildes; pensó que los Romanos no tenian que perder tiempo en arreglar los negocios entre los Nómidas y Masinisa, sino que debian sorprender inmediatamente á aquella antigua enemiga suya, la cual contra ellos conservaba resentimiento y odio y habia acrecentado su poder de un modo increíble, para no hallarse de nuevo en el mismo peligro que anteriormente. Recordando despues la historia de Cartago hizo observar al Senado que con las derrotas y desdichas que en tiempos pasados habian sufrido los Cartagineses, habiendo adquirido mas prudencia que fuerza, era de creer que se habrian vuelto, no mas débiles, sino mas experimentados en el arte de la guerra, y que á la sazón sus combates contra los Nómidas eran prelu-

dios de los que tendrian dispuestos para mas adelante contra los Romanos; que la paz y las convenciones establecidas no eran mas que nombres que habian dado al aplazamiento que pusieron entónces á la guerra, para esperar el tiempo oportuno.

Despues que hubo pronunciado estas palabras, cuentan que sacudiendo la toga, dejó caer á propósito en medio del Senado algunos higos que habia traído de Libia, y viendo que todos admiraban su belleza y frescura, añadió que el país que tales frutos producía no estaba separado de Roma mas que tres jornadas de navegacion. Desde entónces luego que exponía su parecer acerca de cualquiera materia que se tratase, añadía siempre estas palabras: *Y yo soy de opinion que se debe destruir á Cartago.* Al contrario Publio Escipion, llamado Násica, concluía siempre sus pareceres añadiendo: *Y yo soy de opinion que debe dejarse subsistir á Cartago.* Es probable que Násica pensase así, porque viendo que con la prosperidad el pueblo se insolentaba y crecía en atrevimiento y soberbia, á punto de dejarse gobernar difícilmente por el Senado, queriendo con el poder que habia adquirido, que á viva fuerza se doblegase la ciudad entera á sus inclinaciones, pretendía que el temor de Cartago fuese como un freno para la multitud, con el cual se moderase su audacia,

pensando que los Cartagineses no tenian bastante fuerza para superar á los Romanos, pero sí para hacerse temer de ellos. Lo contrario parecia á Caton, pues creía que era peligroso, por lo mismo que el pueblo estaba ocioso y que á causa de su poder cometía muchos excesos, dejar pendiente sobre ellos á una ciudad que siempre habia sido grande y adquirido ademas juicio y prudencia, instruida y corregida por sus mismas desgracias, lo mismo que no quitar al pueblo todo temor de extranjero dominio; temor que daba aliento á los crímenes interiores. De este modo, dicese que Caton hizo que se emprendiese la tercera y última guerra cartaginesa, al principio de la cual murió, profetizando quién debía ser el personaje que le daría cima. Este era jóven todavía; pero militando con el grado de tribuno hacia cosas que claramente demostraban su valor y entendimiento, cosas que habiendo sido referidas en Roma, llegaron á oídos de Caton, quien, segun se cuenta, pronunció aquel verso que dice así:

Prudencia solo él tiene,
Son los demas sombras que se mueven.

Esta prediccion fué muy pronto cumplida con los hechos de Escipion, al cual iba dirigida.

(Compendiáo por PLUTARCO.)